



Hoy, después de Pentecostés, todavía nos sentimos llenos del Espíritu Santo y nos acercamos ya a este texto de las bienaventuranzas. ¿Qué queda en tu corazón después de escucharlo? No podemos quedarnos impassibles. Este texto toca las fibras más íntimas de nuestro corazón porque busca los fundamentos de la vida y de la felicidad de toda persona. ¿Por qué Jesús llama felices y dichosos a todos aquellos que nosotros consideramos infelices y desgraciados: los pobres, los que tienen hambre, los perseguidos...? ¿No estará equivocado Jesús? Si nosotros consideramos dichosos a aquellos que no les falta nada. Incluso la Biblia en el Antiguo Testamento así considera feliz y bendecido a quien tiene muchos bienes. Pero Jesús establece una nueva ley y un nuevo orden.

No es en el hartarse y en la posesión de muchos bienes donde el hombre encontrará su verdadera felicidad. Es en el poseer el Reino, en la búsqueda de la justicia, en el dominio del propio corazón. Todas las bienaventuranzas que Jesús proclama parten de una misma y profunda convicción: hay una sola ley y una sola bienaventuranza que es el amor; la fuerza y la bienaventuranza de donde brota toda felicidad. La novedad que Jesús presenta en estas bienaventuranzas es que no oprimen y no coartan el vuelo y el anhelo del hombre, sino que le dan alas y fuerzas para elevarse a alturas insospechadas.

Es el corazón libre, es el corazón que ha roto las cadenas y ataduras de la ambición y del placer, el único corazón que puede ser verdaderamente feliz. No es una alienación ni una justificación de la pobreza, al contrario es la crítica más dura y contundente contra la injusticia y el sufrimiento que nuestras ambiciones y egoísmos imponen a los hermanos.

Si viviéramos las bienaventuranzas, no solamente seríamos felices nosotros sino que también haríamos felices a los demás. ¿Cómo tocan las bienaventuranzas tu corazón? ¿Qué te dice Jesús sobre tu forma de buscar felicidad?